

EL SITIO

C.V.R.
Sexo femenino, 95 años

Los compadres

Mi suegro contaba que, en La Victoria, por la plaza vieja, vivían dos compadres que eran como hermanos. Una vez se pelearon y se mataron. Al tiempo, empezaron a verse ahí mismo dos bolas de fuego que venían en carrera a toparse, chocaban entre ellas y se deshacían.

La gente decía que eran los dos compadres que andaban en penas. Muy asustados, le contaron al padre, que llegó a hacer unos conjuros y así se acabaron las luces.

Redención

También contaba mi suegro que en la vuelta de Elizondo, en La Victoria, vivía un señor que era demasiado exigente con la familia. Una vez, le encargó a un hijo joven un montón de cosas: ir a trabajar a la socola, traer

la leña y otras y le exigió estar en la casa a una hora determinada. Se enojó muchísimo cuando un vecino le contó que al muchacho le había cogido tarde porque se había quedado jugando *chumicos*.

Entonces, el papá lo castigó colgándolo de las muñecas, amarrado a un par de argollas que tenía en una puerta y con el *barzón* le pegaba y le pegaba. El muchacho le dijo: “Me voy a olvidar de que usted es mi papá”. Cuando el papá le iba a dar un golpe más, el hijo se agarró durísimo de las argollas, se impulsó y se dejó ir hacia delante y, con los dos pies, golpeó al papá en el pecho y lo mató. En ese mismo momento, aparecieron dos perros negros enormes que partieron al joven a la mitad.

El muchacho llevaba en el cuello un santo Cristo que cayó debajo de una mata de escobilla y, debajo del Cristo, quedó el alma del muchacho, que no pudieron llevarse los perros que eran el diablo. A los días, comenzaron a oírse unos quejidos, como ay, ay, ay.

La gente fue donde el padre, que llegó y, cuando estaba haciendo oración, vio el Cristo debajo de la mata de escobilla y, cuando quiso juntarlo, vio algo que salió volando. Se cree que era el alma del muchacho que ya estaba perdonado y no se volvieron a oír los lamentos.

A.R.H.

Sexo femenino, 80 años

Regreso iluminado

Veníamos muy tarde mi tío, papá, mis hermanos y yo del bajo de los Ernest, de la casa de un compadre de papá donde ellos andaban tocando, porque eran músicos, cuando, allá por los corrales, venía caminando alguien con una gran luz, muy, muy grande. Parecía que alguien traía una linterna grandísima. Nosotros nos quedamos viéndola y se desapareció.

Auxilio divino

Un hermano mío iba de Juan Viñas para La Victoria y, en vez de irse por la carretera, le dio por irse por los cañales de San Martín. Por esos caminos tan *sólidos*, vio un gran perro, enorme, con grandes ojos rojos.

Mi hermano solo se echó garra del escapulario de la Virgen del Carmen, sintió que el escapulario lo abrazaba y el perro se desapareció.

Alaridos inciertos

Cuando yo tenía diecisiete años, vivíamos en la finca de los Ernest. Había que alzar el agua de la acequia que estaba cerca, porque no había cañería.

Una noche, estaba acostándome como entre diez y once, cuando oí una señora que pasó en carrera por la calle enfrente llorando a gritos. Llamé a papá y le pregunté si la había oído, pero ya iba muy largo. Él me dijo que eso no era nada. Después yo los oí en casa hablando y entonces supe que era la Llorona.

Comida mortífera

Nosotros conocimos un señor que, en una comida, le dieron una cochinado y se le hizo una gusanera en el estómago; estaba malísimo, pero los doctores no daban con lo que era.

El pobre señor estaba muy chiquitito porque se fue secando, secando hasta que se murió.

H.C.V.

Sexo masculino, 69 años

Terror sonoro

Cuando vivíamos en El Sitio, comíamos muy temprano, como a las cuatro de la tarde. Una vez, estábamos todos comiendo cuando empezamos

a oír el ruido de un serrucho grande, que iba volando dándole vuelta a la casa. Salimos y no vimos nada; pero el serrucho seguía sonando y volando como a un metro de altura.

Otra vez, estaba una hermana mía de visita en casa y comenzó a sonar el serrucho como a las siete de la noche. Ella se asustó tanto que tuvimos que llevarla al cuarto alzada, toda desmadejada. Papá le dijo que era el serrucho de un aserradero que había cerca de la casa; pero ella no le creyó porque, a esa hora, el aserradero estaba cerrado hacía rato.

Enemigo feroz

Decía mi abuelo que el Mico Malo era un mono parecido al pizote, como de cincuenta centímetros de alto que brincaba, pegaba silbidos y se guindaba de los alambres con el rabo. Este animal asustaba cerca de donde había una pareja de *mancebos*.

La maldición era que asustaba en siete casas alrededor de la casa de los *mancebos* porque era un gran pecado *vivir amontonados*.

B.M.R.

Sexo masculino, 68 años

La casona

En Pitt, en la casona que era la casa de un Administrador, se ve una

viejita bajita, blanca, que se mete en la casa. También comienzan a llamarlo a uno y se oyen alaridos.

A la tercera ...

En la trepada de san Martín, un bueyero se topaba con una tinaja que bajaba rodando. Como solo él la veía, los otros compañeros le dijeron que trajera siempre puesto un escapulario o un rosario bendito, para tirárselo a la tinaja y que se parara.

De veras, se puso algo bendito, yo no se si una medalla o el escapulario, y se lo tiró a la tinaja donde venía rodando. La tinaja se paró y le dio un sapillo chiquitillo de oro. Otra vez, hizo lo mismo y le dio un diablillo como de una cuarta de largo, de puro *achote*. La tercera vez, lo hizo y ya no volvió más la tinaja.

R.B.C.

Sexo masculino, 68 años

Uno más

Por el puente de Chis, el hijo de un vecino vio un viejo altísimo y oscuro.

Contratiempo

En la bajada de la peña, mucha gente ha visto un ataúd que se atraviesa en media calle y no los deja pasar.

Paseante del infierno

Dicen que en la calle central de La Victoria, salía el diablo caminando. Aquí había un muchacho muy malcriado con la mamá. Yo no se si ella le echó una maldición, la cosa es que le salió como un chorro de humo que le alzó el diablo.

Doble identidad

En El Sitio, el maestro del pueblo tenía una yegua que salía a la calle a comer. Una noche, yo estaba carajillo, cuando iba para la casa, vi un *bulto* negro y pensé que era la yegua. Al pasar por donde estaba, *atojé* al perro para que la asustara; pero el perro se me metió entre las piernas de puro miedo. De pronto, me dio mucho miedo y sentí un escalofrío por la espalda.

Entré a la casa corriendo y volví a ver para afuera y vi como un paraguas abierto, muy grande y oscuro y, en el centro, había una luz de color rojo, que luego vi que se metió al cafetal.

Cuidado materno

Mi esposa cuenta que, cuando estaba soltera, una vez estaba esperando al novio y, cuando se asomó por la ventana, pasó la sombra como de una persona. Ella creó que era una hermana, que iba al servicio; pero le extrañó que no se agachó para pasar la cerca.

Le agarró un escalofrío y se metió en carrera a la casa.

Al día siguiente, se le murió el abuelo. Seguro la sombra era la mamá del abuelo que venía por él.

O.F.M.

Sexo masculino, 66 años

Diablo honrado

Nosotros, de jovencillos, vivíamos en El Sitio arriba, donde estaba el beneficio, y nos reuníamos a jugar naipes, que es muy malo.

Una vez, estábamos jugando cuando oímos un bullón terrible en el cinc, como si fuera un huracán y, al rato, un *ventolero* muy fuerte. Como creímos que era el diablo, salimos huyendo en carrera y dejamos botada la plata de las apuestas.

Al día siguiente, uno de los compañeros entró a la casa y allí estaba toda la plata porque el diablo no se la llevó.

Espantos espantados

Dicen que el Cadejos, la Cegua y la Llorona se *estormentaron* porque les dieron la orden de asustar en un lugar determinado: uno en El Sitio, otro en La Victoria, otro en Santa Marta y así. Pero, una noche, se enredaron y se juntaron todos en un mismo lugar para espantar a la gente y se

asustaron tantísimo entre ellos que salieron espantados y no volvieron a salir a asustar de puro miedo.

Por eso, no se han visto más.

B.P.M.

Sexo femenino, 64 años

Perdidas en el tiempo

Íbamos como a las siete de la mañana, mi abuela, otra nieta de ella, una hija mía como de siete años y yo para donde llaman la Isla de Mata, en El Sitio. Llevábamos cuchillos para arrancar la verdura que íbamos a traer. Atravesamos un portón de caracol y ahí, de repente, nos sentimos desorientadas, no sabíamos dónde estábamos porque habían cañales muy altos por todo lado, porque las hojas de caña estaban cruzadas y el camino se cerró. Se oscureció como si fuera la tarde. Mi abuela y yo comenzamos a cortar hojas de caña para abrir camino. Las chiquillas ayudaban arrancando las hojas con las manos; por eso, las manos y las piernas las tenían todas llenas de pelos de caña y cortadas que echaban mucha sangre.

Oíamos ruido como de agua y creímos que era el río Turrialba y nos alegramos porque creímos que ya íbamos a llegar; también oímos sapos y grillos como si fuera de noche. Como

no había donde orinar, las chiquillas tuvieron que orinarse paradas y daban gritos del dolor cuando los orines les pasaban por las cortadas de las piernas. Cuando ya estábamos agotadas, comenzamos a pedir auxilio, pero nadie llegó.

Mi abuela pensó que podía ser cosa de las brujas porque le parecía demasiado raro que, por más que caminábamos, no avanzábamos nada y reconocíamos los mismos lugares por los que pasábamos a cada rato. Entonces, nos dijo a todas que teníamos que cambiarnos la ropa al revés y repetir bien duro unas oraciones que ella se sabía y todas lo hicimos.

Pasó un rato cuando oímos que unos familiares me llamaban por el nombre porque andaban buscándonos. Habían pasado por mi casa y, como no había nadie, nos fueron a buscar porque sabían para dónde nos habíamos ido; pero se extrañaron mucho de que no hubiéramos llegado. Nos pusimos felices porque nos habían encontrado.

Lo raro es que, lo que para nosotros había sido un rato, en realidad fueron más de diez horas las que estuvimos dando vueltas en el mismo lugar y lo más curioso es que, cuando llegaron los familiares, ya estábamos buenas y sanas, porque las cortaduras de las hojas de caña y la sangre se desaparecieron.

I.U.F. Negro sonriente

Sexo masculino, 60 años

Muchacho impío

En El Sitio, papá y toda la familia rezábamos el rosario todas las noches; pero a uno de mis hermanos no le gustaba para nada rezarlo.

Un día, se fue cuando íbamos a empezar a rezar y, en el camino, le salió una chancha negra furiosa, que se puso a morderle los talones. Él salió huyendo para la casa; pero ni aun con ese susto quería rezar el rosario.

Pelea fraternal

Hace más de treinta años, estaban peleando un domingo dos hermanos míos porque no querían caminar como cinco kilómetros para ir a traer la leche. Al fin, se fueron los dos y no caminaron ni cien metros cuando encontraron un señor lleno de barba, todo mechudo, con *semejantes* uñas todas sucias y maltratadas, que estaba abrazado a un *palo* de naranja grande que había en el cafetal. Por supuesto, se devolvieron huyendo.

Papá se puso el cuchillo en la cintura y salió a buscarlo; pero ya no estaba. Dicen que es el *Dueño de monte* que no hace nada, solo asombrar a uno.

En El Sitio, nosotros acostumbábamos jugar naípe, que siempre se ha dicho que es malo. Un hermano mío dormía solo en un cuarto que daba a un corredor corrido. Una noche, se despertó y salió al lote del frente a orinar. Estaba en esas, cuando vio un hombre alto, negro, negro, que le peló los dientes blanquitos.

Mi hermano se metió a la casa en carrera, asustadísimo, y le contó al padrino, que salió inmediatamente a verlo, pero ya no estaba.

Persecución implacable

Nosotros vivíamos en El Sitio y en las noches éramos unos viciosos del naípe, siempre nos poníamos a jugar.

Una noche, venía yo de donde la novia y, al pasar por el camino, vi un resplandor y creí que estaban jugando naípe.

Subí al *paderón* por unas gradillas de tierra y me faltaba solo un poco para terminar de trepar, cuando la luz se levantó. Me quedé viéndola y era como una pelota de fuego que encandilaba. Como me faltaban más o menos doscientos metros para llegar a la casa, salí aventado y, cuando me di cuenta de que el fuego venía atrás mío, pasé derecho el río, *escuechado*, y de una vez para adentro de la casa. La finada mamá también la vio.

San Lucas

Yo vivía en Pitt, un lugar con solo tres casitas a un lado de la casona grande, tan aislado que le decían San Lucas. Como al año de casado, me dieron la casita del medio. Mi señora y yo acostumbábamos rezar el rosario. Al tiempo de vivir allí, comenzó a andar algo en el cinc, como si fuera un animal caminando arriba y eso se repetía cada martes o viernes. Como alrededor de la casa yo tenía sembradas matas de plátano, creíamos que eran las hojas que pegaban. Entonces las corté; pero a los días, otra vez lo mismo. Yo salía a ver qué era, pero no había nada.

Al tiempo, se paró eso solo. Nosotros creímos que fue por rezar el rosario todas las noches.

Ojo modernísimo

Una noche, iba yo por donde estaba el trapiche, bien tomado, cuando vi un animalillo blanco, como ver un conejo extranjero. Comencé a tratar de llamarlo y hacerle señas con la mano y se me desapareció. Al instante, estaba atrás mío, luego adelante, luego otra vez atrás y así un montón de veces.

La sorpresa mía fue que, cuando se quedó viéndome, se le encendió un ojo como ver un rayo láser. Me fui de ahí espantado, huyendo en pura carrera.

Pronóstico acertado

Cuando hicieron San Martín, nos vinimos para acá. Una noche, era un martes, estaba yo bien dormido, cuando me despertó mi señora para decirme que me levantara porque andaba un buey por detrás de la casa y ella tenía miedo que le comiera un vestido nuevo que yo le había comprado y ella había dejado afuera. Yo salí y metí el vestido, pero la bulla siguió. Al viernes siguiente, otra vez la misma cosa.

A la semana siguiente, el aparador sonó como un golpazo y oímos caer todos los trastes. Fuimos a ver y ni una sola cuchara se había caído. En la acera se oían trotes de animal, yo salí a ver, pero no había nada. Me agarró un escalofrío en la espalda y pasé todo el día enfermo.

Cuando ya no hallábamos qué hacer, fuimos a consultar a una señora de las que curan maleficios y nos dijo que todo eso era una gente que quería desbaratarnos el matrimonio. Entonces, nos dijo que llenáramos una olla con agua bendita, la dejáramos toda la noche destapada en el techo de la casa, enterráramos cuatro limones agrios en cada esquina de la casa y rociáramos toda la casa con el agua bendita y una rama de ciprés. Al tiempo de hacerlo, se quitó todo.

Pero, tristemente, el matrimonio se deshizo después.

